

Buenas tardes, me llamo Emilio Gavilanes, y en nombre de Ediciones de La Discreta quiero empezar este acto dando las gracias en primer lugar al Ateneo de Madrid, que tan amablemente pone de nuevo a nuestra disposición esta sala para otra de nuestras presentaciones, y también quiero darles las gracias a ustedes por acudir a nuestra convocatoria, en unos tiempos en los que nadie tiene tiempo para casi nada.

De nuevo Ediciones de La Discreta hace una convocatoria para dar noticia de la aparición de otro de sus libros. Pero permítanme que antes de hablar de la novela de Paloma les diga algo sobre esta editorial tan singular. Quizá algunos ya la conozcan. Por una parte, Ediciones de La Discreta solo es el apéndice de un proyecto mayor, La Discreta Academia (institución creada en el siglo XVII y estrechamente vinculada a la Casa de Abascal), un proyecto en el que se llevan a cabo actividades culturales muy diversas (cabaret literario, teatro, cuentacuentos, música, vídeo y fotografía, proyectos de animación a la lectura en centros educativos y bibliotecas, etc.) que tienen a los libros que publicamos como excusas o protagonistas.

Por lo que se refiere a su actividad editora, Ediciones de La Discreta es un pequeño sello independiente cuya filosofía es seleccionar cuidadosamente los libros que publica, con criterios alejados de objetivos puramente comerciales (o tal vez indiferentes a ellos), solo atentos a la calidad literaria, a la excelencia artística, lo que hace que sus libros se acaben convirtiendo en objeto de admiración, de culto, como se suele decir, entre sus suscriptores, principalmente. Digo entre sus suscriptores principalmente, porque esta poco convencional editorial, sin renunciar a una difusión más amplia, está dirigida principalmente a un selecto y exigente grupo de lectores, los Amigos de La Discreta, que han depositado su confianza en la editorial, suscribiéndose a ella, y que nunca, que yo sepa, se han sentido decepcionados con las obras seleccionadas que se les hacen llegar. Algunos quizá penséis que esto que digo es simple propaganda y que si la editorial es poco conocida es porque sus libros carecen de interés. Y os aseguro que no es así. Si la editorial es poco conocida es porque, como ya he dicho, los criterios con que edita están al margen de consideraciones comerciales. No trata de vivir de la literatura, sino de vivir la literatura, que es muy diferente. El Conde de Abascal, figura misteriosa y emblemática de esta editorial, lo dice de una manera más directa: no ganamos dinero, pero a cambio publicamos lo que –no le voy a citar literalmente- nos da la gana. Y lo que nos da la gana es –permítaseme la inmodestia- calidad. Y cuando digo calidad no quiero decir aburrimiento, exquisiteces elitistas, tostones incomprensibles que solo interesan a cuatro gatos. No. La calidad a la que me refiero es inteligente, culta, reflexiva, pero también divertida. O viceversa. A los que aún no pertenezcan a él, les animo a entrar en este círculo secreto, que ofrece libros –y a veces discos- con los que tendrán aseguradas muchas horas de disfrute.

Como editores, nuestra obra es nuestro catálogo, una especie de novela en la que cada libro publicado es un capítulo. Y en este sentido, la novela de Paloma es una de las páginas de las que se siente más satisfecha La Discreta. En primer lugar, naturalmente, por la calidad de la novela, del texto. Pero también por su aspecto, por su presentación material. Y de esto hay un responsable muy concreto, que es Tamarán Junco, al que me apresuro a felicitar. Como objeto, *Epitafio* es uno de los más bellos que han salido de nuestra editorial.

Y también nos sentimos satisfechos por un detalle que no diré que nos preocupaba, pero sí que nos incomodaba. Y es que en la colección Prosa Nostra, la más extensa de nuestro cada vez más extenso catálogo, increíblemente no había ni un solo título firmado por una mujer. Y digo increíblemente porque desde luego no faltan mujeres en esta editorial y porque nadie sabía explicárselo. En todo caso, todos esperamos que esta sea la primera de una larga serie de colaboraciones de narradoras.

Cuando conocí a Paloma, hace unos años, yo no sabía que escribía. Pasó una cosa. A mí me invitaron a formar parte del jurado de un premio literario –en el que por cierto conocí a José Ovejero-, el premio de relatos José Saramago. En aquella primera convocatoria desde el principio casi todos estuvimos de acuerdo en que entre los diez relatos finalistas, que nos sorprendieron a todos por su alto nivel, había uno que destacaba especialmente. Un relato rico, interesante, y que a pesar de que no era muy extenso contenía todo un mundo propio, completo, con personajes bien trazados, y cuyos pensamientos y emociones estaban muy bien expresados. Un relato que cuando se procedió a la votación, ganó prácticamente por unanimidad. Cuando el director del instituto en el que estábamos reunidos volvió de abrir la plica, dijo muy contento: “Ha ganado vuestra amiga”, mirándonos a José y a mí. Cuando se aclaró que nuestra amiga era Paloma, naturalmente nos llevamos una gran alegría. Pero –al menos por mi parte– también un disgusto, pues me temo que quedó flotando la sospecha de que sabíamos que estábamos votando a una amiga. Y mis atropelladas y desconcertadas explicaciones de que no sabía que Paloma se había presentado –que eran ciertas– quizá solo empeoraron la sospecha. Bueno, pues eso fue lo primero que leí de Paloma, ese relato magnífico que les recomiendo leer si tienen ocasión. Allí se adivinaba un escritor hecho, no primerizo, con muchas horas de escritura a sus espaldas. Y esa impresión, agrandada, es la que siente el lector de *Epitafio*.

“Un día dejé de ser amable”, comienza la novela. Un comienzo claro, directo, al mentón. Para que nadie diga que esconde cartas. Ahora bien, ¿en qué consiste dejar de ser amable? Pues bien, eso es lo que trata de explicar y de mostrar la novela. Es más: se puede decir que toda la novela es una paráfrasis de esa frase con la que comienza.

En el texto de la página web de La Discreta en el que se da cuenta de la publicación de esta novela, leemos que *Epitafio* es realmente una aproximación a las implicaciones, a las consecuencias de la transformación de Manu (el protagonista de la novela). De su *metamorfosis*. Y no es inocente, me parece, que se emplee esa palabra, el título con el que conocemos los lectores de español la célebre novela de Kafka. Sí, una transformación radical en un personaje, que este descubre al despertarse, las hermanas. Hay diferencias fundamentales, es cierto. La principal es que Gregorio Samsa sufre las consecuencias de su transformación sin obtener ninguna ventaja, toda la experiencia es una condena, una caída sin redención posible. Mientras que para Manu la experiencia es positiva, la vive como una herramienta con la que alcanzar su –digamos– salvación, un viaje al centro de sí mismo, a su ser real (aunque es verdad que al final se asusta de lo que encuentra y emprende una marcha atrás). Frente a la pasividad de Gregorio Samsa ante su transformación, hay algo de voluntariedad en la de Manu. Y a pesar de que es mucho lo que las distancia, yo encuentro cierta hermandad –como ya he dicho– en las voces que cuentan estas historias. Un parentesco que también encuentro en el tono de las voces que hablan en *Bartleby el escribiente* de Melville, en *Hambre* de Knut Hamsun, en *El extranjero* de Camus, en *El túnel* de Sábato o en *Trenes rigurosamente vigilados*, de Bohumil Hrabal. Novelas que comparten un cierto aire de familia.

También en la página web de la editorial leemos: “A lo largo de dos jornadas Manu nos ofrece una detallada crónica de sus pasos, asistimos a sus reflexiones, a sus recuerdos; le acompañamos a la oficina, a un entierro, conocemos a algunos de sus compañeros, a su mujer..., y al enumerar estas situaciones podría parecer que desentrañamos parte de la trama. Pero no es así. Todo esto sucede, pero lo que sucede no es lo que *ocurre* en la novela.” ¿Qué es entonces lo que ocurre? ¿De qué va la novela?

Hace unas semanas, en esta misma sala, durante la presentación de la magnífica novela de José García Caneiro *La obra completa de Wilfredo Muriente*, Juan Varela-Portas dijo muy acertadamente que no es misión de la literatura ofrecer respuestas, sino plantear preguntas. Si bien es verdad que plantear una pregunta es la manera más delicada, discreta y educada de darle respuestas. Una pregunta bien formulada trae implícita la o –al menos en literatura- *las* respuestas. Una pregunta mal formulada no admite respuestas. Todas las respuestas a una pregunta mal formulada serán falsas. En este sentido, la novela de Paloma plantea unas cuantas preguntas que quedan bien planteadas.

Como en toda buena narración, en esta novela hay reflexión explícita y reflexión implícita en los propios hechos narrados. Pero no todo es grave reflexión. Hay muchas cosas (de hecho es difícil meter tantas cosas, de una manera equilibrada, en tan poco espacio): está la presencia constante de la música, hay humor (en momentos como la evocación estudiantil, o la escena de la salida del cementerio), hay observación psicológica, observación de la ciudad, incluso de costumbres, hay buenos diálogos, hay personajes que son reales, pero que también son emblemas de otra cosa (como esos niños, por poner un ejemplo, cuyas voces tienen algo de presencia angélica, y que intercambian un diálogo encantador hacia el final de la novela). Repito que hay muchas cosas.

Leyéndola recordé un libro del escritor portugués Cardoso Pires en el que habla de los efectos que sintió tras un accidente cerebrovascular. Cardoso cuenta cómo va surgiendo de su interior un personaje al que no conocía. Y esto es un poco también lo que le pasa a Manu. Hay un parecido distanciamiento del mundo, una des-sentimentalización de su vida. Pero lo que en Cardoso se experimenta como pérdida, Manu lo vive –ya lo he dicho antes- como conquista, como adquisición. No le está empobreciendo. Todo lo contrario. Lo comparo con el libro de Cardoso porque entiendo que lo que experimenta Manu le implica totalmente, como a Cardoso, física y psíquicamente. No se trata de una vulgar crisis de edad ni nada parecido.

Pero para mí lo fundamental es esa especie de proceso alquímico, metafísico podríamos decir, que experimenta Manu, en busca de sentido, en el que de lo que se trata es de ir apartando el velo de la amabilidad que oculta el yo esencial, el centro real, que se va abriendo capa a capa, revelación a revelación. Dejar de ser amable le permite acceder al yo íntimo, incondicionado, a despertar, a alcanzar su realidad última.

Quizá arrojen luz a lo que quiero decir estos cortos fragmentos que se pueden leer en momentos distanciados de la novela, y que en mi opinión en su brevedad encierran algunas de las claves de la novela. Quizá sean una maqueta de su columna vertebral. Leo:

“Las relaciones humanas nos cambian y nos hacen elevarnos o, todo lo contrario, nos hunden. ¿Qué hacer para huir de ellas, para escapar a su influjo? Debería bastar no decir, ignorar las palabras que se nos dirigen. No darnos por aludidos.”

“En mi transformación no existía el menor deseo de conflicto o rebelión, sino solo el propósito de un desamarre sin rumbo.”

“La diferencia entre el regreso diario a casa y el de un día tan notable como el que registro es que mi vida me había abandonado por completo a lo largo de aquella jornada en la que sentía yo que me había agrandado y había expulsado del espacio que me corresponde cualquier otro sentimiento o ser humano que no tuviera relación directa con el centro de mi ser, con mi yo, con el núcleo que ahora ocupaba la membrana que es mi piel y amenazaba con irse a desbordar de ese recipiente para inundarlo todo.”

“Pensé en todas las horas que Susana había consumido en la reconstrucción en blanco de nuestra vida en común para sepultarla. La miré. Ahora era la mujer que bailaba sobre mi tumba. Ya había depositado sobre mí su epitafio. Y se me reveló que lo que buscamos con la amabilidad es la piedad en nuestro epitafio, que este solo registre nuestro nombre y fechas sin más juicio, y que arriba y debajo de nuestras señas de identidad, figuren los nombres y las fechas de los que nos despidieron y las de los que despedimos.”

En mi calidad de editor de esta novela, he tenido la suerte de asistir a su crecimiento, al desarrollo de las sucesivas versiones de originales, cada vez más complejos y sugerentes, en los que se iban aclarando misterios, enigmas que intrigaban en la versión anterior (sin llegar a frustrarla). Ustedes la pueden leer ahora completamente formada y les recomiendo que no pierdan ocasión de hacerlo.